



Rotary

Club Murcia



Despierto. Cama dice que soy muy pesado, bien es verdad que me sobran unos kilos.
Calcetines, que tengo los pies enanos. Tiene razón, parecen los mismos desde que tenía nueve años.

Al asearme miro a Espejo y me da los buenos días, sin olvidar el insulto matutino sobre mi espantosa cara.

Pero eso no es todo, también está el comentario de Camiseta sobre mis malolientes axilas, el de Pantalones por mi pequeña estatura, el de Calzoncillos por mi desmesurado trasero...

Mi Padre siempre dice que a la violencia hay que aplicarle más violencia, esa es su filosofía, de ahí el arcoiris de marcas que cubre mi piel.

Hoy es mi primer día en el instituto y estoy preocupado. No quiero volver a ser el chico de siempre; no quiero volver a ser aquel con el que siempre se meten.

Es un nuevo centro, con gente desconocida que no sabe ni quién soy, ni cuáles son mis flaquezas. Aunque eso no importa, porque que no hace falta saber estas cosas para meterse con alguien.

He llegado el primero a clase. Observo atentamente a quién debo temer y a quién debo obviar. Tendré que empezar guiándome por las apariencias. Así funciona esto.

Por la puerta aparecen tres chicas muy arregladas, las típicas niñas cursis a las que no les doy importancia. Tras ellas, entran cinco chicos y dos chicas más. Se ven muy perdidos, como si acabaran de nacer.

Irrumpe gente sin cesar, pero no observo ningún comportamiento inapropiado, al menos aún. Tarde o temprano alguno querrá dejar claro quién es el que manda en clase.

Parece que ésta va a ser mi clase durante los dos próximos años.

Me extraña que todos sean aparentemente “normales”. Es raro que ninguno se crea mejor que otro y que nadie tenga la autoestima por los suelos.

Pasan quince minutos de clase y llaman a la puerta. Es un alumno que ha quedado rezagado. Me asombra su aspecto, me es tan familiar: barriga rellenita, pies enanos, un rostro horrible, axilas sudorosas, estatura pequeña, trasero de grandes dimensiones...

Es una copia exagerada de mí. Lo veo claro, debo dominar o ser dominado, cazar o ser cazado... tengo una oportunidad y no pienso dejarla pasar.

Es la hora del recreo y el “chico copia” está solo. He pedido a dos chicos de clase que vengan conmigo. Nos plantamos delante de él y le insulto. Me ensaño con su patético físico y él, cabizbajo e indeciso no sabe cómo reaccionar.

Los chicos que vienen conmigo acompañan con risas todo lo que digo. Cada vez me siento más fuerte, imparable, es una sensación adictiva.

Por primera vez en mi vida siento que tengo el control absoluto.

Los chicos y yo vamos al recreo como cada día, a almorzar mi rica ensalada de insultos.

Sin embargo hoy nadie ríe, no suenan los acordes de mi hiriente sinfonía. Para mi sorpresa, hoy nos espera toda la clase junto al chico copia.

Ni el más ingenioso insulto resulta útil para encontrar el apoyo de mis compañeros.

Es entonces, cuando empiezo a sentir que todo el poder que he conseguido, se escabulle por las yemas de mis dedos. Yo solo no soy nadie, son las risas de los demás las que me hacen serlo. Sin ellas me convierto en el indefenso, en aquel al que cualquiera podría acosar.

Veo mi mirada reflejada en la del chico copia, al que envidio por haber tenido el apoyo de los demás. Si yo también lo hubiera tenido, no me habría tocado vivir tantas injusticias.

Ahora me doy cuenta de que la culpa, no solo era de aquellos que se metían conmigo, sino también de los que les apoyaban.

No he podido evitar echarme a llorar. Aunque me disculpo con él, no puedo perdonarme el haberle hecho pasar por lo mismo que yo he estado pasando.

Me doy cuenta de que todos tenemos la capacidad de detener esta situación.

Regreso a casa sintiendo que los demás están dispuestos a ofrecerme ayuda siempre que la necesite.

Cama dice que ahora me he desecho de mi carga, que soy más ligero. Calcetines, que las grandes cosas, empiezan siendo pequeñas. Antes de acostarme miro a Espejo, me da las buenas noches y menciona que la belleza está en el interior.

Me doy cuenta de que la filosofía de mi padre nunca será la mía.

Despierto, y por primera vez, abro los ojos.